

B. F. McGuinness, *Wittgenstein. A Life. Young Wittgenstein* (1889-1921). London: Duckworth, 1988, pp. 322.

Después de habernos regalado, en el transcurso de los últimos 30 años, una serie – no muy numerosa – de excelentes artículos en torno a la filosofía del famoso *Tractatus Logico-Philosophicus* (en verdad, de las exégesis más finas que se pueden encontrar en ese mundo de estudio que son ya los estudios sobre el pensamiento de Wittgenstein), B. F. McGuinness libera ahora lo que en principio habrá de ser el primer volumen de su tratado biográfico de Ludwig Wittgenstein. Este primer tomo cubre el período que va de 1889 a 1921, es decir, del nacimiento de Wittgenstein a la aparición del *Tractatus*. Es imperativo afirmar de inmediato, sin embargo, que el trabajo de McGuinness abarca mucho más que el mero recuento de la secuencia de experiencias que constituyen una vida particular. El esfuerzo del autor es mucho más ambicioso, pues está encaminado a resaltar la unidad y la significación de la existencia de Wittgenstein: “I attempt to present his life (part of it, at first) as an intelligible whole, as something capable of being seen as a unity” (p. xi). Para ello, como es obvio, era imprescindible reconstruir, hasta cierto punto por lo menos, el trasfondo social y cultural en el que se inscribe su objeto de estudio. Esto McGuinness lo logra, desde cierta perspectiva, admirablemente, si bien desde otra (abordo el tema más abajo) quizá su tratamiento no sea tan completo como lo parece a primera vista. Por otra parte, sería injusto inducir al lector de esta nota (y potencial lector del libro reseñado) a que pensara que el trabajo de McGuinness es de carácter “meramente” histórico. Lo que McGuinness logra es más bien una síntesis bien elaborada de reconstrucciones de carácter vivencial y racional. Puede sin temor afirmarse que la génesis y el desarrollo de las ideas de Wittgenstein quedaron, gracias a McGuinness, iluminados desde ángulos antes no ocupados por nadie. El mérito del autor y el valor del libro son, pues, incuestionables.

El libro se compone de 9 capítulos. Con la excepción de los dos consagrados al período de Cambridge (“Cambridge 1911-12” y “Cambridge 1912-13”) y el último, (“*Tractatus* 1921-22”), en los que encontramos discusiones y aclaraciones filosóficas de una gran sutileza, los capítulos restantes están orientados más bien a describir, de manera bien hilada y muy completa, la evolución de la psique de Wittgenstein. Digo ‘muy completa’ justamente porque a ésta se le ve como algo que emerge de la interacción con múltiples factores, como lo son el trasfondo familiar, el espíritu de la época, las relaciones personales, etc. El libro está excelentemente escrito y la prueba de ello es que, sin necesidad de recurrir a epítetos, sin exaltaciones de ninguna clase, el autor logra transmitir o crear admiración genuina y convencer al lector (si es que hubiere todavía quien dudase de ello) de la naturaleza excepcional, genial, única de ese hombre superior que fue Ludwig Wittgenstein. Tal vez puede afirmarse que, por ahora y probablemente para muchos de los años venideros, el libro de McGuinness será la autoridad suprema o, si se prefiere, la biografía de Wittgenstein. Su aparición es, por lo tanto, un acontecimiento importante en la república de las letras.

El que se trate de una aportación de primer orden en su género no quiere decir, sin embargo, que el libro de McGuinness no sea en alto grado polémico. La reconstrucción que

nos ofrece resulta en parte de ciertas valoraciones y de ciertas interpretaciones y, naturalmente, éstas siempre están expuestas al reto. Es notoria, asimismo, la total ausencia de una actitud mínimamente crítica, de una toma de posición frente a Wittgenstein en general. Dicha ausencia, por otra parte, se hace sentir con más fuerza aún por el marcado contraste con la actitud del autor hacia otros personajes, en particular (lo cual era, hasta cierto punto, previsible) hacia Bertrand Russell. De ahí que en ocasiones sea factible discernir una falta de explicación (Más aún: de un intento de explicación) de la conducta (esencialmente impredecible y en ocasiones, da la impresión, errática) del genio (doy un ejemplo más abajo). Los temas delicados, en relación con los cuales la figura de Wittgenstein no sale del todo bien parada (*e.g.*, su supuesta homosexualidad) son de hecho ignoradas o consideradas tangencialmente y en clave. Sin embargo, a pesar de estos y otros defectos que podrían mencionarse, dado lo extraordinariamente bien documentado del libro, la naturalidad con que está escrito, la fluidez con que se le lee, etc., las fallas señaladas resultan ser fallas menores.

Desde un punto de vista histórico, el gran defecto de la obra de McGuinness radica, según mi leal saber y entender, en su tratamiento no de Wittgenstein sino de Russell, personaje crucial en la vida de Wittgenstein y sin el cual ésta sencillamente no se explica. El problema es que, al igual que ha sucedido (desgraciadamente) en el terreno de la discusión filosófica propiamente hablando, en su gran mayoría los estudiosos y exegetas de Wittgenstein parecen haberse inclinado a pensar que toda labor hermenéuticamente útil e históricamente correcta exige que se reduzca el papel de Russell al de un elemento cuyo único mérito consistió en haber coadyuvado a que floreciera el genio. Esto es un error y creo que McGuinness incurre en él. Veamos algunos ejemplos de dogmatismo y parcialidad a este respecto.

Un caso interesante es el de la determinación de a quién personalmente conoció Wittgenstein primero, si a Russell o a Frege. El caso es interesante porque hay dos autoridades en conflicto, a saber, Bertrand Russell por un lado y G. H. von Wright, por el otro (en favor del cual está además el testimonio de una hermana de Wittgenstein, testimonio que, por otras razones, no tiene el peso que en principio podría tener). Ahora bien, el primero afirma enfáticamente que fue él quien le aconsejó a Wittgenstein que fuera a ver a Frege. La historia, contada de este modo, fue así: estando en Manchester, Wittgenstein habría leído el importante y por aquellos tiempos novedoso libro de Russell, *The Principles of Mathematics*, el cual contiene, dicho sea de paso, la primera exposición sistemática en lengua inglesa de los trabajos de Frege. Habría sido dicho libro lo que habría llevado a Wittgenstein de las matemáticas a los problemas de fundamentos de las matemáticas y de ahí a los de filosofía de las matemáticas. Nada más natural entonces que pasar de Manchester a Cambridge. Es sólo después, hundido ya en las aguas profundas de la filosofía russelliana (la más original e importante del mundo en su época), que habría Wittgenstein “descubierto” a Frege (un desconocido en su tiempo) y aceptado el consejo de Russell de ir a visitarlo. De ahí que la afirmación de McGuinness, en el sentido de que “His later enthusiasm for both books leads one to suppose that he had read both Frege’s *Grundgesetze der Arithmetik* and Russell’s *Principles of Mathematics*” (p. 75), sea a la vez gratuita y equívoca. Lo único que **sabemos** es que Wittgenstein leyó a Russell y todo lo demás es mera especulación. La historia contada por los representantes del otro bando, en cambio, es la siguiente: Wittgenstein leyó a Frege y, entusiasmado por el contenido de sus

libros, se decidió a visitarlo en Jena. Fue entonces cuando éste le habría aconsejado que estudiara bajo la dirección de Russell. Su itinerario habría sido entonces entonces Manchester-Jena-Cambridge y no, como Russell sugiere, Manchester-Cambridge-Jena. Ambas versiones, hay que reconocerlo, son lógicamente posibles, pero es claro que su grado de plausibilidad no es el mismo y puede afirmarse que, por lo menos intuitivamente, no es la de McGuinness la que lleva la ventaja. Sin embargo, quedan los testimonios. El de Russell data de 1951, en tanto que el de von Wright es de los años 40 (habría sido en esos años que Wittgenstein le habría proporcionado oralmente dicha información). La implicación aquí, obviamente, es que es Russell quien comete un error de memoria. Esto es de hecho lo que von Wright afirma en su célebre *Biographical Sketch*. Pero cabe preguntar: ¿en dónde está el argumento, cuáles son las bases objetivas para defender esta posición? Russell, es cierto, **publicó** su versión en 1951, pero eso no quiere decir que no lo hubiera escrito muchos años antes, lo cual es algo que él solía hacer (tenía por ejemplo, esbozos y párrafos de su auto-biografía 30 años antes de que muriera). Nótese también que aquí están en conflicto una memoria por un lado y dos por el otro y que si bien es posible que una se equivoque ese riesgo se duplica en el segundo caso. Ahora bien, parecería que la discusión es superflua puesto que, bien visto el asunto, se trata de una cuestión un tanto bizantina. Sin embargo, la cuestión tiene su importancia, porque refleja muy bien una tendencia general de la que me quejé más arriba, *viz.*, la de esforzarse por desligar lo más que se pueda al joven Wittgenstein de Russell, restándole así méritos a este último con el fin de acentuar la originalidad del primero. En mi opinión, ni Wittgenstein necesita esto ni Russell lo merece. A mí me parece claro que cuando no hay evidencias suficientes, lo mejor es la *epoché*. McGuinness, en cambio, se da por satisfecho con las evidencias de que se dispone (que son insuficientes) y es sobre esa base sobre la que construye su relato biográfico. Así que cuando él afirma: “finally, the visit to Frege, the advice to study under Russell” (p. 76), él esté dando por sentado algo que históricamente está en entredicho y lejos de haber quedado establecido. Cualquier persona que optara por la versión de Russell sentiría que es preciso aclarar (o intentar hacerlo) ciertas suposiciones que no dejan de ser un tanto sorprendentes. Por ejemplo, no se entiende por qué Frege, aislado e ignorado por sus compatriotas, habría enviado a estudiar con otra persona a un brillante joven que lo visita espontáneamente, que habla su mismo idioma y que podría haber sido un alumno primero y un extraordinario colega después. Suposiciones como éstas son las propias de la versión favorecida por McGuinness, aparte de las debilidades relacionadas con las evidencias.

Siguiendo lo que, según pienso, es a final de cuentas una moda, McGuinness llega a menospreciar a Russell de un modo realmente alarmante. Considérese la siguiente aseveración, al hablar de la preponderancia y la prioridad de la “lógica filosófica” sobre la teoría del conocimiento. “It is clear”, nos dice, “that this change in philosophy is confined to the ‘analytical’ Anglo-American tradition; and even there it is by no means universally recognized. Russell, who came to philosophy before the change signaled by Dummett, perhaps never realized that it had taken place” (p. 83). Esto es simplemente inaceptable. Para empezar, quizá no estaría de más el recordatorio de que para Wittgenstein la expresión ‘lógica filosófica’ misma era un auténtico sinsentido. “I do not know what it means! There is no such thing as philosophic logic (Unless one says that as the whole book is nonsense the title might as well be nonsense too)” (citado en p. 299). Pero, y más importante aún, habría que decir que precisamente uno de los filósofos que más contribuyó al cambio de perspectiva o enfoque en la filosofía del siglo xx (llamada ‘analítica’ en gran medida por su

asociación precisamente con la idea de análisis lógico, que es una idea eminentemente russelliana) fue Russell. Este es, pues, otro caso de deformación, insignificante si se desea, pero que, aunado a muchos otros de igual calibre, sí tiene como efecto distorsionar el panorama global de las vidas de Russell y Wittgenstein y de sus relaciones, como maestro y alumno primero y como amigos y colegas después.

Un ejemplo más de afirmación discutible por parte del autor es el de que “Wittgenstein thought the paper on matter was the best thing Russell had done” (p. 107). Esto es, indudablemente, un error. Creo que, tanto por lo afirmado en el *Tractatus* (e.g., 4.0031) y en las *Investigaciones* (sec. 79) como por lo narrado por amigos de Wittgenstein, podemos inferir que McGuinness está equivocado. Malcolm, por ejemplo, cuenta lo siguiente: “Wittgenstein believed that the Theory of Descriptions was Russell’s most important production, and he once remarked that it must have been an enormous difficult undertaking for him” (*A Memoire*, p. 57). En lo que a Russell atañe, como puede apreciarse, el enfoque y el tratamiento por parte de McGuinness están efectivamente expuestos a serias objeciones. Lo importante, sin embargo, es que esto significa o implica alguna clase de deformación o de incomprensión de la vida de Wittgenstein.

El libro de McGuinness tiene virtudes y defectos que aparecen como dos caras de una misma moneda. Por una parte, es indudable que el recuento y la descripción de los eventos de la vida de Wittgenstein está bien hecho pero, por otra parte, es preciso reconocer que la gran mayoría de esos hechos eran ya del dominio público. Hechos novedosos hay pocos en el libro y los que se nos cuenta no son particularmente interesantes (e.g., cómo se repartieron las 10,000 coronas que Wittgenstein donó, a través de Ficker, para alentar a artistas en condiciones financieras problemáticas). Peor aún, es imposible no sentir que cuando llegamos al término de la descripción y podríamos adentrarnos en el de la explicación, entonces McGuinness simplemente abandona el tema. Un ejemplo claro de esto es la disputa que marca el fin de la amistad entre Russell y Wittgenstein: nos quedamos sin saber a qué se debió.

En mi opinión, la parte más original, más novedosa e interesante del trabajo de McGuinness es su descripción de la vida de Wittgenstein en el frente, durante la Primera Guerra Mundial. Se siguen detalladamente los tormentos espirituales de Wittgenstein, sus peripecias, sus acciones, su indiscutible heroísmo. Sin pronunciamientos explícitos sino únicamente a través de su narración, McGuinness logra hacernos ver que, además de genial en el ámbito de las especulaciones y el trabajo abstracto, Wittgenstein era un hombre “de armas tomar”, valiente hasta la temeridad (conquistó varias medallas), con los sentimientos naturales de quien está en situaciones como en las que él se encontraba (por ejemplo, amor a su patria). Se nos revela que, a pesar de que hubo aspectos en que en verdad Wittgenstein fue siempre un “Cambridge man”, también es cierto que fue toda su vida profundamente germano. Sumamente interesante a este respecto es la perspicaz observación de McGuinness en el sentido de que “Battles long ago, soon forgotten except by the most specialized military historians, fought over remote territory by the forces of two vanishing empires: these were to divide Wittgenstein from his later pupils in Cambridge more completely even than the experience of the trenches marked off his English contemporary from their juniors” (p. 219). La observación de McGuinness es de una profundidad y de implicaciones insospechadas. En realidad, lo que aquí tenemos es una promesa biográfica:

cómo cobró cuerpo este distanciamiento al que alude y que intuye es algo que McGuinness deberá explicarnos cuando, en otro volumen, estudie la vida de Wittgenstein después de su regreso a Cambridge, en 1929.

Esto me lleva a otro asunto importante. Hay una dimensión de la vida de Wittgenstein que McGuinness no sólo no toca, sino que, a todas luces, intenta evitar, *viz.*, la dimensión de la vida y los intereses políticos de Wittgenstein. Se nos habla mucho de religión, de ética, de filosofía, de excursiones a las montañas, de sentimiento nacionalistas, etc., pero de posiciones políticas se habla poco, por no decir “nada”. Puede argumentarse, claro está, que este aspecto de la vida de Wittgenstein adquirió prominencia sólo mucho después del período estudiado en este volumen y algo hay de cierto en ello. Nuestra inquietud, sin embargo, es que constatamos que McGuinness no puede ocultar su fuerte tendencia por despolitizar a Wittgenstein y, más aún, por desligarlo de toda concepción progresista de la sociedad. Por ejemplo, el hecho (aceptado sin mucho examen) de que fue durante la guerra cuando Wittgenstein decidió abrazar la profesión de maestro le basta a McGuinness para afirmar que “This shows incidentally that it was not socialism and the Austrian *Schulreform* what inspired his choice of profession” (p. 280, nota 47). Esto es un *non sequitur* extraordinario que, desde luego, está relacionado con lo que es el rasgo fundamental del Wittgenstein que McGuinness nos entrega y al cual se habrán de subordinar todos los demás: las marcadas tendencias religiosas y estéticas del genio. Este es el eje en torno al cual, según McGuinness, giran las acciones, los pensamientos, las decisiones, etc., de Wittgenstein y en función del cual se explican. Al reseñista le parece que si este enfoque va a ser empleado para caracterizar ciertos períodos de la vida de Wittgenstein, McGuinness puede tener razón, pero si lo que se pretende es extrapolar resultados y a toda costa encuadrar la vida de Wittgenstein en ese molde, entonces el proyecto terminará en un fracaso total. Es difícil saber si la idea rectora del libro de McGuinness (la idea de ofrecer una visión unitaria de la vida de Wittgenstein) es una tesis *a priori* o no, pero en cualquier caso es sumamente implausible. La multifacética vida del genio rebasa el apretado marco en el que se le quiere encuadrar. Empero para determinar si este enfoque le sirve a McGuinness para investigar el todo de la vida de Wittgenstein o no, habrá que esperar al siguiente volumen, que ojalá salga pronto.

Quienes nos hemos sentido atraídos por la filosofía del *Tractatus*, por los pensamientos vertidos en los *Notebooks* y, al mismo tiempo, por la filosofía de Russell, hallamos en el libro de McGuinness páginas que son un auténtico deleite. Llama la atención lo bien escogido que están los temas (sólo se consideran temas fundamentales), así como la fuerza de las exposiciones y la sutileza con que McGuinness va engarzando los pensamientos de Wittgenstein. Los tópicos que él examina con mayor detenimiento son:

- a) La idea de que lo único que hay en el mundo son proposiciones aseveradas.
- b) El carácter de las verdades de la lógica y de las constantes lógicas.
- c) La invención wittgensteiniana de las tablas de verdad
- d) Las diferencias entre complejos y hechos.
- e) La crítica a la teoría russelliana del juicio.
- f) Lo inexpresable o, más en general, la doctrina de lo que sólo se muestra.

Al abordar estos temas lo que McGuinness hace es, más que otra cosa, buena filosofía. No está implicado, una vez más, que todo lo que afirma sea verdadero o aceptable. En realidad, creo que la posición de McGuinness en relación con el asunto (e) es errada y no toma en lo más mínimo en cuenta artículos relevantes, como el de K. Blackwell, “The Early Wittgenstein and the Middle Russell”. Sin embargo, las aclaraciones de McGuinness, en general, son realmente efectivas. Examinemos rápidamente un caso.

Un bonito y típico ejemplo de afirmación wittgensteiniana profunda y desconcertante a la vez es la siguiente: “there is nothing in the world except asserted propositions” (p. 89). Esto a primera vista es absurdo. Russell trató de hacérselo ver señalando a hechos existenciales y mirando debajo de las sillas para confirmar que era verdadero que **no** había hipopótamos en el salón. El experimento de Russell, sin embargo, dejó a Wittgenstein impertérrito. **Eso**, de acuerdo con él, no era un hecho. Para comprender su posición, sin embargo, parece imprescindible recordar ciertas cosas.

Primero, la noción de proposición que se maneja es, como bien señala McGuinness, la que emerge del capítulo IV de *The Principles of Mathematics* y del artículo de G. E. Moore, “On the Nature of Judgment”. De acuerdo con esta perspectiva, una proposición es algo que **contiene** términos (*i.e.*, entidades de alguna clase). La proposición, desde este punto de vista, no es ni de carácter lingüístico ni de carácter mental. Las proposiciones son, pues, como hechos, con la diferencia de que podemos hablar de proposiciones falsas y verdaderas. Se tiene, por lo tanto, que dar cuenta de esta diferencia. Ahora bien, a las proposiciones se les clasifica en aseveradas y meramente pensadas o concebidas. Son las primeras las que equivalen o se identifican con los hechos. “To say that asserted propositions exist will, therefore, be to say that facts exist” (p. 90). Pero Wittgenstein va más allá y sostiene que la no existencia, cuando es real, no es un hecho, como sí lo es cuando la existencia es con verdad aseverada. Wittgenstein detecta, pues, una importante asimetría entre lenguaje y lo real. Si los componentes de la proposición aseverada o el hecho simplemente existen, entonces ¿qué clase de hecho podría ser la no existencia, la ausencia de algo? McGuinness acertadamente señala que son dos los problemas involucrados:

- a) Determinar si hay complejos de términos que incluyen el “no” como un elemento más y
- b) Determinar si hay complejos que incluyan la existencia como un elemento más.

Respecto a (b), la posición de Wittgenstein por aquel entonces era, como ya dijimos, que sólo hay o existen proposiciones aseveradas, es decir, hechos “positivos”. No hay además otra categoría de hechos que pudiéramos llamar ‘existenciales’. Así se explica la aparentemente absurda afirmación de Wittgenstein de que en el mundo sólo hay proposiciones aseveradas y estamos ahora en posición de entender que dicha idea no es tan descabellada como inclusive Russell lo llegó a pensar. Nótese de paso que ya está aquí vislumbrada o insinuada la idea del *Tractatus* de que el mundo se divide en hechos. En otras palabras, se ve claro que es desde las primeras discusiones con Russell desde las que se fue gestando la ontología factual del *Tractatus*.

El libro de McGuinness no podía haber visto la luz en un momento más apropiado. Por otra parte, no debería olvidarse que hasta ahora habíamos tenido acceso únicamente a relatos fragmentados, a esbozos excelentes pero muy generales, a reconstrucciones parciales, a listas de anécdotas. Uno de los grandes méritos de libro de McGuinness es precisamente el de haber agrupado en un solo volumen mucho de lo que ya se conocía, haberlo ordenado y completado. Es, pues, su libro un libro interesante e importante y frente al cual, a no dudarlo, habrán de medirse los numerosos esfuerzos biográficos todavía por escribirse. Es, por lo tanto, un libro recomendable desde todos los puntos de vista.